



Ayuda a la
Iglesia Necesitada

ACN ESPAÑA

FUNDACIÓN
PONTIFICIA



© Kenia. Ismael Martínez Sánchez

VIA CRUCIS

ÁFRICA: PASIÓN, MUERTE... Y VIDA

Preparado para *Ayuda a la Iglesia Necesitada*

Textos: P. Jesús Ruiz Molina, MCCJ, obispo auxiliar de Bangassou, República Centroafricana.

Imágenes: P. Jesús Ruiz Molina y ACN.

C/ Ferrer del Rio, 14 28028 Madrid

ayudaalaiglesianecesitada.org

91 725 92 12 - info@ayudaalaiglesianecesitada.org



Ayuda a la
Iglesia Necesitada
ACN ESPAÑA

ÁFRICA SUFRE PERO VIVE

África subsahariana vive su particular Via Crucis y el Señor sufre su pasión en la carne de tantos africanos.

En Nigeria, Mali, Burkina Faso, Níger, Chad, Camerún, Mozambique, RD del Congo, Centroáfrica... vivimos realidades comunes como la alta mortandad infantil y el bajo índice de vida; las continuas pandemias como el sarampión, el sida, la tuberculosis o el paludismo; los conflictos bélicos orquestados desde la ambición de potencias extranjeras; el bajo índice de desarrollo que provoca pobreza y miseria, fruto de un sistema económico injusto que no hace sino endeudar cada vez más al continente africano; la corrupción de gobiernos locales, muchas veces incapaces de mirar a su pueblo; los fundamentalismos; la crisis ecológica y los desastres medioambientales; las prácticas ancestrales como la brujería o la escisión de las mujeres.

Desde estas realidades comunes, me acerco a la pasión de nuestro Salvador Jesucristo, viendo en Centroáfrica la actualización de su pasión y muerte. *“Nadie me quita la vida, soy yo quien la entrego libremente”*.

Pasión, sí, pero una pasión llena de vida. Lo que más sorprende de África son los raudales de vida, en situaciones de muerte, y destrucción. Sí, África es vida. África está llamada a renacer, lleva en sus raíces los gérmenes de inmortalidad, pues el Señor Jesús *“la amó y se entregó... para que tengan vida y una vida en abundancia”*. África vive y sufre. África vivirá.

P. Jesús Ruiz Molina, MCCJ.
*Obispo auxiliar de Bangassou,
República Centroafricana.*

FUNDACIÓN
PONTIFICIA





I ESTACIÓN

Jesús es condenado a muerte

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Dice Pilato a los judíos: ‘Aquí tenéis a vuestro Rey’. Ellos decían: ‘¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!’ Les dice Pilato: ‘¿A vuestro Rey voy a crucificar?’ Replicaron los sumos sacerdotes: ‘No tenemos más rey que César’. Entonces se lo entregó para que fuera crucificado”. (Jn 19, 14-16)

Como antaño Pilatos, hoy en África, muchos se lavan las manos. Nuestros gobiernos, para mantenerse en el cargo, hacen alianzas multilaterales con potencias extranjeras vendiendo el país e hipotecando, así, el futuro de sus hijos. La ONU se muestra incapaz de desarmar a los violentos y proteger a la población civil.

Como Jesús fue llevado de Anás a Caifás, de Caifás a Pilato, de Pilato a Herodes, también nuestros pueblos pasan de un organismo internacional a otro. Tratados de paz, simposios, acuerdos bilaterales, nos adormecen con proyectos de paz, de desarrollo, etc.

Mientras tanto nuestros pueblos siguen agonizando en conflictos que llaman ‘de baja intensidad’. Son verdaderas condenas a muerte, a fuego lento, fruto, muchas veces, del lucro y la avaricia de las potencias que se disputan las riquezas de nuestro subsuelo. Cinco, ocho, veinte años de agonía de todo un pueblo.

Breve meditación personal



© República Centroafricana, ACN / Fr. Aurelio Gazzera

Oremos

Hoy, Señor Jesús, gente de bien sigue dictando condenas a muerte desde despachos climatizados. Señor, te siguen condenando a muerte en la carne de pueblos enteros obligados a vivir en medio de guerras prefabricadas con conflictos exportados.

Con acuerdos que son mentira están robando la riqueza y el futuro de nuestros hijos. Nuestra África se sumerge, Señor, en unas deudas imposibles de pagar. Pueblos enteros oyen ese grito 'crucifícale, crucifícale'. Señor, toca el corazón de quienes tienen en sus manos el destino de la humanidad; de los que manejan los hilos de la vida y de la muerte de tus hijos africanos. Muéveles, Señor, a ver el dolor de tantos inocentes condenados. Dales un corazón limpio, sin engaño, compasivo, un corazón de carne.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



II ESTACIÓN

Jesús carga con la cruz

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Tomaron, pues, a Jesús, y él, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota”. (Jn 19, 16-17)

En lengua lingala les llaman ‘Bana Ndoki’. Son niños a los que se les tortura, se les echa de casa e incluso sus propios padres les asesinan acusados de brujería. En Centroáfrica, los antibalakas están limpiando de brujos las poblaciones. A estas personas, en su mayoría mujeres y ancianos, se les ejecuta de forma cruel: les despiezan, les queman o les entierran vivos. Muchas ancianas, cuando vienen a confesarse, dicen suplicando a Dios: “*yo no soy ‘zo ti likundu’; no soy bruja, no he comido el alma de nadie*”.

Niños albinos o autistas, con síndrome de Down, personas con epilepsia. La acusación de brujería en nuestra África subsahariana pesará como un estigma sobre las espaldas de estos indefensos hasta el día de su muerte y, cual espada de Damocles, puede caer terrible sobre su cabeza en cualquier momento.

Breve meditación personal



Oremos

Señor Jesús, ¡qué pesada debió de ser tu cruz, cómo desgarró tu cuerpo! Que pesada la cruz, Señor, de tantos ancianos y niños acusados de brujería, estigmatizados en vida, historias desgarradoras.

Tú nos diste a todos la dignidad real de hijos amados de Dios, imagen sagrada de tu Padre. Nos has dado el soplo inmortal de tu Espíritu. Pero la sociedad considera a estos inocentes como espíritus maléficos, espíritus inmundos. ¡Qué abominación! Socorre, Señor, a tantos niños y ancianos inocentes.

Que desaparezca esa abominación de matar bajo la acusación de brujería. Que nuestros gobiernos africanos tengan el coraje de crear leyes que defiendan y protejan a estos seres indefensos.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



III ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Pues mi vida se consume en la aflicción; y en suspiros mis años; sucumbe mi vigor a la miseria, mis huesos se corroen.

De todos mis opresores me he hecho el oprobio; asco tan solo soy de mis vecinos, espanto de mis familiares”. (Sal 31, 11-12)

Los niños y jóvenes son la riqueza de África. Los hay a raudales por todas partes. Más del 50% de la población subsahariana tiene menos de 20 años.

En Centroáfrica, son tantos los niños que caen cada día, y tantos los que yacen por tierra! Ya vamos por el octavo año sin ritmo escolar normal. En las provincias, a lo máximo dos o tres meses de clase al año. Toda una generación perdida que no tendrá en el futuro otra alternativa que las armas. Los obispos de este país, le dijimos al presidente Touadera que la crisis escolar es más catastrófica que los horrores de la guerra. No tuvimos respuesta.

Muchos niños nacieron y crecen en la guerra. No pocos encontraron como única salida enrolarse como soldados, poco importa el bando. Primero les cargaron un tosco fusil de madera, luego uno de verdad. Les obligaron a matar a su mejor amigo, o a alguien de su familia, y desde entonces van sembrando muerte. Se drogan para anestesiar tanta

cruidad. Sin raíces, ni familia, sin escuela, ni futuro, vagan temerosos, aterrizando con sus armas. La frustración de sus vidas es el fracaso de toda una sociedad.

Breve meditación personal



© Kenia Ismael Martínez Sánchez

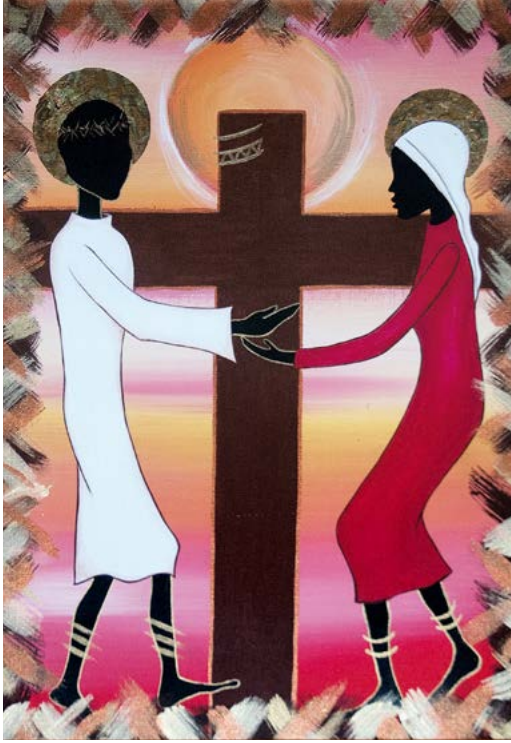
Oremos

Señor Jesús, “del árbol caído, todo el mundo hace leña”. Tú, que caíste una, dos y tres veces, mira a estos niños y jóvenes que cayeron y caen en las garras de la guerra. Mira su inocencia de niños, alimenta sus aspiraciones de jóvenes y líbralos de la guerra.

Que sus armas para matar se conviertan en libros e instrumentos de progreso. Que sus frustraciones se transformen en deseos nobles de servir al desarrollo de su pueblo. Que todos los niños de África, Señor, puedan ir a la escuela y jugar como niños.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



IV ESTACIÓN

Jesús encuentra a María, su madre

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: ‘Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción -¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones’”. (Lc 2, 34-35)

Dicen que si un día las madres bajaran los brazos en África, el cielo se caería. Las madres, siempre las madres. Los asesinos de los grupos armados tienen madres, las víctimas inocentes tienen madres. Esas madres que llevan el peso de todo conflicto sin sentido. Madres de los antibalakas que ven cómo sus hijos se alejaron del amor materno y se han convertido en monstruos de muerte; madres musulmanas que ven a sus hijos radicalizarse. Madres que, en su huida, perdieron a alguno de sus hijos. Madres en campos de refugiados que, bajo casas de plástico y toldos, multiplican la escasa comida que reciben, sin atisbar un futuro diferente para sus hijos.

Cuando le pregunto a una mujer cuántos hijos tiene, suelen responder: “tres están vivos, pero murieron cuatro; tuve ocho, pero me quedan dos”. Van perdiendo un hijo tras otro por malnutrición, paludismo, diarrea. Madres, siempre madres. Ellas que dieron vida, rumian la muerte y la locura del drama de la guerra.

África sobrevive gracias a esas madres “coraje”, que aún con el dolor en los tuétanos siguen adelante. Esas madres que, en medio del llanto más amargo, siguen generando vida.

Breve meditación personal



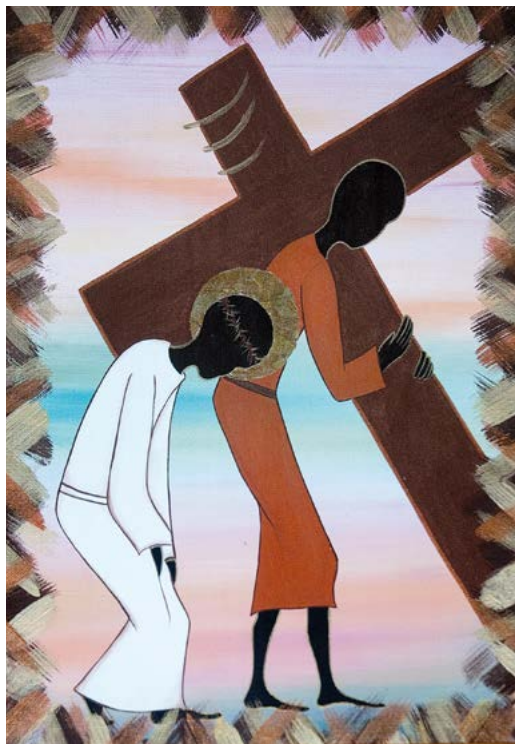
Oremos

Señor Jesús, tú también tuviste una madre que sufrió tu pasión. Ya lo había preconizado el viejo Simeón: “una espada te atravesará el alma”. No hay mayor dolor que el de la madre frente a un hijo sentenciado a muerte. Miradas que se encuentran sin poder acariciarse.

Gracias, Señor, por tantas madres con la mirada quemada de dolor, pero el corazón lleno de vida. Da, Señor, a tantos jóvenes y niños que sufren la herida de la violencia y el odio, la gracia de reencontrarse con el amor materno. Gracias, Señor, por María tu madre, nuestra madre. Gracias por tantas madres que gritan con sus vidas que el amor es más fuerte que la muerte.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



V ESTACIÓN

Simón de Cirene ayuda a llevar la cruz de Jesús

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Cuando le llevaban echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús”. (Lc. 23, 26)

Su madre murió cuando le dio a luz. Su padre no había pagado la dote y, según la tradición, la recién nacida tendría que volver a la familia materna en el país vecino, el Congo. Estaba condenada a muerte por falta de medios para sacarla adelante. ¿De dónde sacar leche materna en medio de una guerra? Su padre anduvo ciento cincuenta kilómetros a pie para entregar a la recién nacida, famélica y enferma, a la hermana Yolanda, responsable del orfanato. Le han dado el nombre de “Bienheureuse”, que significa, “Felicidad”. Ya hace dos meses que llegó. Sor Yolanda es su cirineo, su madre y su vida.

Breve meditación personal



Oremos

Señor Jesús, dicen que Simón de Cirene era africano, inmigrante en Jerusalén. ¡Cuántos cirineos anónimos hoy alivian el dolor de los crucificados en África; alivian tu dolor, Señor! Cuántos se ocupan de los huérfanos. Cuántos proveen un poco de comida para los ancianos acusados de brujería. Cuántos dan cobijo en sus casas a familias enteras que huyen después de que les quemaran sus pueblos. Cuántos son bálsamo para las heridas y comparten un plato de comida o ayudan a los refugiados en su nuevo país de acogida. Cuántos abrazan en la soledad de la muerte. Sin estos cirineos de a pie, la pasión del pueblo africano sería infernal.

Haznos cirineos de la vida, Señor. Que carguemos un poco las cruces de tantos caídos por el camino.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



VI ESTACIÓN

Verónica limpia el rostro de Jesús

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Así como se asombraron de él muchos, pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana. No tenía apariencia ni presencia; y no tenía belleza que pudiésemos estimar”. (Is. 52,14. 53,2)

Odette y Chantale no tienen familia. Cada día en la Misa de la catedral tenemos el lujo de que nos acompañen estas dos ancianas que apenas se tienen en pie. Siempre llegan tarde, pues los doscientos metros que separa su casa de la catedral es un largo camino para ellas. Cuando entran, con sus cuerpos frágiles como el cristal, hacen la reverencia ante la imagen de María, sonríen, se tambalean, rezan y se abrazan a mí cuando les saludo al final de la Misa.

No tienen ningún paño con el rostro de Jesús, como la Verónica. Pero sus caras arrugadas y sus bocas desdentadas son como el lienzo del Señor grabado en sus carnes. Mirarlas es mirar al Cristo de la pasión.

¡Ay, los mayores de África, antes tan venerados y hoy, tantas veces descartados. Más aún los que no tienen familia que les ampare y los que tienen que afrontar el declive de la vida, sin fuerzas y a la intemperie. Sí, su rostro, sus vidas, son el paño donde Jesús deja impresa su imagen.

Breve meditación personal



Oremos

Señor Jesús, ¡qué bello icono de tu pasión son los ancianos africanos! Sin atractivo ni belleza corporal, sin fuerzas. Solo colmados de años. Descartados, humillados, abandonados, injuriados, acusados de brujería, como tú, Señor.

¡Cuánta dignidad se lee en los pliegues de sus caras reseca! ¡Cuánto amor desprenden y reclaman esos ojos que se van cerrando poco a poco! ¡Cuánto abandono y soledad!

“Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro”. Danos, Jesús, la gracia de contemplarte en el rostro de nuestros hermanos ancianos. “Restáuranos, Señor, que brille tu rostro y nos salve”. (Sal 79,8)

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



VII ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno a quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta”. (Is. 53, 3)

Se llama Alban. Al salir de Misa, un joven de unos quince años me suplica que le consiga el medicamento para su enfermedad, epilepsia, para continuar sus estudios.

Muchos enfermos de sida han tenido que interrumpir su tratamiento por falta de medicinas que no llegan, pues las carreteras están cortadas por la guerrilla. Si dejan los antirretrovirales, su muerte es segura.

Desde que llegó la pandemia del Covid-19, han disminuido las ayudas a los países en vías de desarrollo y se prevé que esta falta de financiación provocará el aumento de muertes por malaria en un 35%, de tuberculosis en un 25% y de sida en un 5%. Las estimaciones más optimistas calculan que en los próximos dos o tres años de cada 10 africanos, solo uno accederá a la vacuna contra el coronavirus. No, no hay medicamentos para los pobres. Tendidos por tierra van cayendo dos, diez, cien, miles, millones, sin que nadie les proporcione ese fármaco que puede salvarles.

Breve meditación personal



© Kenia Ismael Martínez Sánchez

Oremos

“Tus heridas, Señor, nos han curado”. Tú, el gran doctor de Dios, como te llamamos en África, nos has inculcado de tu Amor. Nos has vacunado en dignidad de hijos amados de Dios, gratis.

Mientras anhelamos, Señor, un mundo distinto que comparta los bienes, la comida y los medicamentos con los pobres de la tierra, que no nos falte nunca tu Amor y tu gracia, medicina que salva. Y gratis. ¡Vacúnanos en tu Amor, Señor!

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



VIII ESTACIÓN

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Le seguían una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose a ellas, dijo: ‘Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos... Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?’.” (Lc. 23, 27-28.31)

Como quien quisiera arrancar de cuajo la vida, o herir en lo profundo del alma colectiva, así de crueles se han convertido nuestras guerras africanas. ¿El objetivo? Destruir a la mujer, mancillarla.

Las mujeres se lamentan y lloran. Mujeres que sufren la infamia humana, el arma letal de cada conflicto bélico en África. Violan a mujeres y niñas para destruir al enemigo. Para desgarrar esos cuerpos que dieron vida, ensuciarlos de muerte. Las mujeres se han convertido en el punto de mira de la brutalidad de los hombres armados sin piedad.

Mujeres, antes silenciadas, ahora amordazadas, maltratadas, violentadas y violadas, asesinadas.

Breve meditación personal



© República Centroafricana. Mgr. Jesús Ruiz Molina

Oremos

“Si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?”

Señor Jesús, estamos profanando tu Santuario más sagrado, el que es origen de vida, el cuerpo de la mujer.

Han herido la dignidad humana. Aquellas que fueran madres de hijos han sido violadas. Aquellas que acariciaron con sus manos han sido torturadas. Aquellas que amamantaron con sus pechos han sido asesinadas.

Han profanado tu Templo santo. ¡Escucha sus gritos! Conviértenos, Señor.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



IX ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: ‘Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú’.” (Mt. 26, 39)

Hace 33 años cuando comencé mi andadura misionera en la República del Chad, la primera palabra que aprendí en lengua bedjonde fue: “*bo ram nagay*”, que quiere decir, “*tengo hambre*”. Veinte años después, en la República Centroafricana, volví a aprender mi primera palabra en lengua sango “*Nzara a sara mbi*”, “*tengo hambre*”.

Hambre en el norte, en el sur, por la noche, por el día. Adultos peleándose por un puñado de comida, niños que lloran de hambre. La comida llega con dificultades a los campos de refugiados. Niños, jóvenes, adultos, ancianos con hambre. Se roba y se mata por hambre. ¡Cuántos caen a causa del hambre!

Hoy en la República Centroafricana, y en muchos de los países del África subsahariana, comer una vez al día es una aventura a la que no pueden acceder muchos. Más del 50% de la población está subalimentada.

Breve meditación personal



Oremos

¡Señor, nuestro pueblo tiene hambre! Han convertido la comida en un arma letal para controlar a los pueblos que oprimen. Mientras en el norte del mundo se destruyen cantidades ingentes de alimentos para controlar los precios, en el sur se sigue muriendo de hambre. Un niño muere de hambre cada cinco segundos. Cada día, 8.500 niños.

Señor Jesús, ¡tienen hambre...! Y tú sigues susurrándonos: “Dadles vosotros de comer”.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



X ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestidos

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, -con los que hicieron cuatro lotes, uno para cada soldado- y la túnica. La túnica era sin costura, de una pieza, tejida de arriba abajo. Por eso se dijeron: ‘No la rompamos; echemos a suerte a ver a quién le toca’. Para que se cumpliera la Escritura: Se han repartido mis vestidos, han echado a suertes mi túnica”. (Jn. 19, 23-25)

Eran las tres de la mañana cuando atacaron Bakouma. En la noche huimos como estábamos, casi desnudos. Nos adentramos en el bosque pero perdimos a uno de nuestros hijos, de seis años. Todavía no le hemos encontrado. Atrás quedó todo lo que poseíamos: las casas con nuestros enseres; los campos regados con sudor listos para la cosecha, los animales de crianza y las tumbas de nuestros seres queridos. Los soldados se quedaron con todo lo nuestro como botín de guerra” Así se expresa uno del millón y medio de desplazados por el conflicto bélico en Centroáfrica.

Europa se queja de la afluencia de refugiados a sus tierras, pero la inmensa mayoría de refugiados sobreviven como pueden en su lugar de origen. Son más de 18 millones solo en el África subsahariana, el 26% de los refugiados de todo el mundo. Llevan así, años. Los más afortunados, en campos de desplazados, a la intemperie de todo.



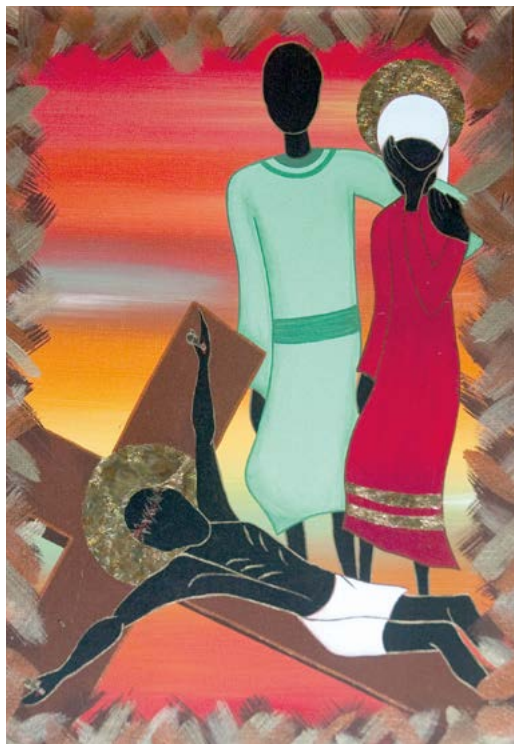
Oremos

Señor Jesús, a ti también te despojaron de todo. Te arrancaron tus ropas y desnudo, vaciado de todo, afrontaste la muerte.

Protege, Señor, a cuantos deambulan por las fronteras africanas sin casa ni tierra, sin patria, con una familia que se desintegra, sin dignidad. En nombre de multinacionales y de países que ansían nuestros bienes, hoy se sigue expoliando a tu pueblo, Señor. Ayúdanos a participar en el empeño del Papa Francisco para acoger, proteger, promover e integrar a estos despojados de todo. *“Porque fui forastero y me acogisteis”*.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



XI ESTACIÓN

Jesús es clavado en la cruz

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Llegados al lugar llamado Calvario,
le crucificaron allí a él y a los malhechores,
uno a la derecha y otro a la izquierda.
Jesús decía: ‘Padre, perdónales, porque
no saben lo que hacen’”. (Lc. 23, 33-34)

Se llama Elodie. Ronda la treintena. No se tiene en pie, debido a una severa parálisis. Anda pasito a paso y parece que en cualquier momento se va a caer y se romperá en añicos. Con una leve sonrisa en los labios paralizados, me dice en francés: “*j’ai faim*” (tengo hambre). Los medicamentos antirretrovirales sin alimentación adecuada son perjudiciales.

De los 38 millones de personas con VIH en el mundo, cerca del 70% vive en África (más de 25 millones). Elodie solo es una más. Sin recursos sociales, está condenada a muerte por el sida, famélica y parálítica. Pero se resiste a quedarse clavada en su cruz y por ello anda cada semana varios kilómetros pasito a paso para decirnos: “*j’ai faim*”. Intuimos su grito: “*Quiero vivir*”.

Breve meditación personal



© Burkina Faso, ACN

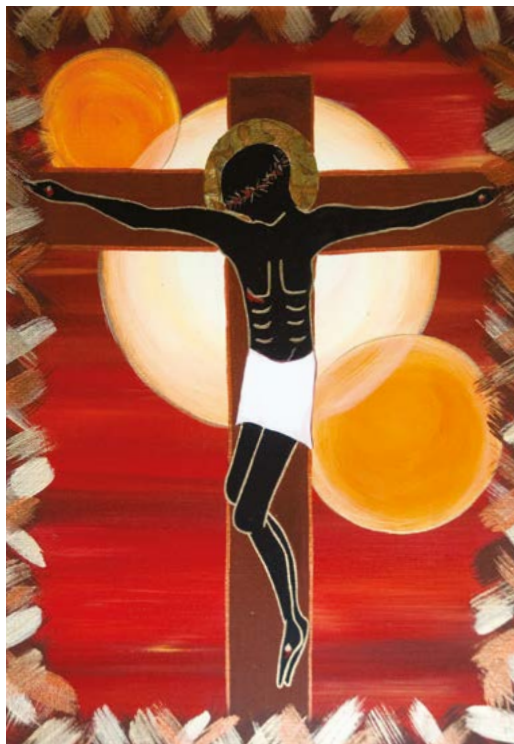
Oremos

Señor Jesús, esas manos tuyas que solo bendijeron, curaron y abrazaron están ahora machacadas y agujereadas, heridas de muerte. A tí, la libertad suprema, mensajero del amor y de la paz, te han clavado los pies.

Mira, Jesús, a esos enfermos terminales, aún jóvenes, clavados a esa horrible enfermedad del sida. Los medicamentos ahora escasean y el Covid ha dejado en la penumbra a estos enfermos en muchos países de África. Siguen clavados en su cruz. Desde sus lechos, sin fuerzas, observan de reojo a sus hijos pequeños que temen no verán crecer. Si llegan los medicamentos y la comida, su vida podrá aún prolongarse una decena de años o quizás más; tal vez podrían hasta conocer a sus nietos. ¡Señor, socórreles, líbrales de esa cruz!

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



XII ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la escritura, dice: ‘Tengo sed’. Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: ‘Todo está cumplido.’ Inclino la cabeza y entregó el espíritu”. (Jn. 19, 28-30)

En el África subsahariana nos codeamos cada día con la muerte. Los niños juegan al lado de los muertos. En África se muere con tanta naturalidad como se vive, sin titulares, ni concentraciones de repulsa contra esas muertes prematuras e injustas.

En casi todos los países del África subsahariana la media de vida no alcanza los 60 años. En República Centroafricana, 50 escasos años. Dos personas asesinadas en un acto terrorista en Occidente llenan páginas de prensa y millones de tuits. Un centenar de asesinados o unos cuantos miles de niños muertos de sarampión en África no son noticia.

Desde que todas las ONG se han ido, nuestro hospital se ha quedado bajo mínimos. Cualquier enfermedad grave es casi muerte segura. Los niños son los más vulnerables.

Prohibido caer enfermo. La enfermedad es el patíbulo donde muchos agonizan y mueren sin más, en sus casas.

Breve meditación personal



Oremos

Señor Jesús, no nos engañaste. No fue una representación teatral. Tu muerte fue verdad. Una muerte desgarradora, cruel. Entraste en el abismo de la muerte, y caíste en los brazos del Padre.

Señor Jesús, ¡hemos banalizado tanto la vida! Vale tan poco la vida de la mayor parte de los africanos! En Occidente puede costar miles de euros pero en África se muere por menos de cinco euros que cuesta el tratamiento del paludismo. Aquí se muere demasiado rápido, ¡a veces tan anodinamente!, se mata con tanta frivolidad.

Señor Jesús, tú que moriste por Amor, enséñanos que la vida es amor y, sólo así, al final, descansaremos en el Amor supremo.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



XIII ESTACIÓN

Jesús es descendido de la cruz

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“El Justo, mi siervo, justificará a muchos y cargará con las iniquidades de ellos. Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres; por haberse entregado a la muerte y haber sido contado entre los pecadores, cuando llevaba sobre sí los pecados de todos e intercedía por los pecadores”. (Is. 53, 12)

Eran más de 26.000 en el recinto del obispado. Llevaban varios años allí refugiados. Llegaron las tropas de Ali Daráss y comenzaron a disparar indiscriminadamente incendiando las casas de paja y plástico. El campamento se convirtió en minutos en un auténtico infierno. Mientras, algunos cascos azules que tenían que custodiar el campo, hacían fotografías. Fueron unos 130 los muertos, entre ellos el vicario general y el párroco de la catedral.

Desde la Conferencia Episcopal denunciarnos a aquellos cascos azules a la CPI (Corte Penal Internacional). Seguimos esperando. Mientras tanto algunos de esos verdugos, en aras de la paz, han sido nombrados consejeros ministeriales. Y siguen riéndose de tantos inocentes muertos. África está sembrada de fosas comunes que gritan justicia... Ríos infectados de cadáveres que nunca serán enterrados. Justicia, justicia.

Breve meditación personal



© República Centroafricana: ACN / Fr. Aurelio Gazzera



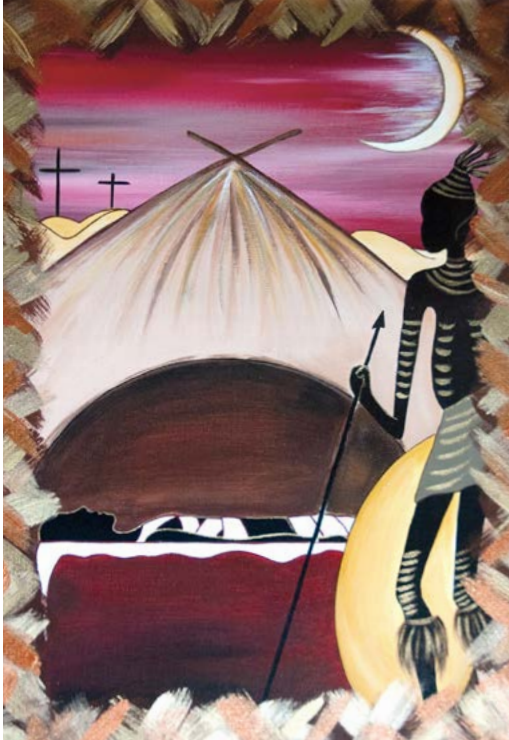
Oremos

Señor Jesús, África grita justicia. ¡Tantos inocentes masacrados impunemente! Tantas madres que ni tuvieron la dicha de María, tu madre, de abrazar por última vez el cuerpo sin vida de sus hijos.

No puede haber paz verdadera sin justicia. La memoria de las víctimas grita al cielo. Por tantas víctimas inocentes, por tantos asesinados anónimos que cayeron en el olvido, te gritamos: ¡Justicia, para África, Señor!

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



XIV ESTACIÓN

Jesús es sepultado

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,
R/ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

“José de Arimatea... pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbraba enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde le crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado. Allí pusieron a Jesús”. (Jn. 19, 38-41)

Era un sepulcro con una losa de piedra enorme, sin escapatoria, de donde nadie había salido. Así de oscuro es el sepulcro de los jóvenes antibalakas que se aventuraron en una noble defensa, y ahora sus manos rebosan sangre y su corazón, odio. Sus ojos desorbitados, rojos de droga para anestesiar tanta atrocidad. Sepultados por el odio, no pueden regresar a su vida de antes.

Sepulcro también para esos musulmanes que lo perdieron todo y huyen sin ver salida a su prisión. Y para tanta gente buena que sufrió el horror y la vejación sin límites y ahora el odio y la venganza han inundado su corazón. Sepulcro para miles de jóvenes que ven su futuro hipotecado, sin salida.

Sepulcro para el millón y medio de refugiados en RCA que después de años errantes, no tienen ahora fuerzas para batir un porvenir para sus familias. Sepulcro para toda una

nación que lleva esperando ocho años a que esta maldita guerra se acabe, y se mueva al fin la losa para ver la luz de un nuevo amanecer.

Breve meditación personal



Oremos

Señor Jesús, “¿quién nos ayudará a quitar la losa de nuestros sepulcros?”

Tú saliste de tu sepulcro y hoy vives eternamente. Ayúdanos a quitar esas losas pesadas que asfixian a nuestro pueblo. Ilumina ese camino oscuro que va desde la venganza a la justicia, desde el odio hacia la reconciliación, desde la mentira, hacia la verdad.

En medio de nuestra oscuridad, sé Tú la luz que ilumine nuestros sepulcros. Sé nuestro futuro, nuestra vida, Señor.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

*Tus hermanos perseguidos
entregan su vida por tu Fe, cada día.*

*No les olvides, reza por ellos,
ayúdales con tu generosidad.*



Ayuda a la
Iglesia Necesitada

ACN ESPAÑA

91 725 92 12 | ayudaalaiglesianecesitada.org